

EL REGRESO

Una abuela, una prostituta y una corrala. El escritor JOSÉ OVEJERO enhebra sus recuerdos de infancia en un homenaje al barrio en el que creció.

Mi abuela trabajaba de criada para una prostituta asturiana a la que apenas llegué a conocer, porque yo subía a su apartamento cuando ella había salido. Recuerdo haberla visto una o dos veces, pero ni siquiera sabría hacer una descripción aproximada de su cara. Tampoco recuerdo el interior de su piso —yo no debía de pasar de los 14 ó 15 años la última vez que estuve allí— y solo me queda la memoria de que fue en uno de sus dormitorios donde descubrí las revistas *Lui* y *Playboy*. Un atractivo adicional del apartamento de aquella mujer —Marisa, creo que se llamaba— era una colección de discos demasiado románticos para mi gusto, pero entre los que descubrí alguno que otro interesante; dos de ellos los robamos mi hermano y yo con la complicidad de mi abuela, a quien le parecía que su señora tenía tantas cosas que no podía echar en falta ninguna: *Stax Super Soul*, un recopilatorio de la discográfica Stax, y *To be continued*, de Isaac Hayes, que quizá conserve mi hermano.

El piso de la asturiana se encontraba en la esquina de Torrecilla del Leal con la calle Zurita. Mi abuela vivía en esta calle, a unos pasos de su lugar de trabajo. Tampoco recuerdo mucho de esa casa; en realidad no recuerdo casi nada de mi infancia, de la que tengo memorias falsas, inspiradas por fotografías que a fuerza de familiares han acabado sustituyendo a mi memoria. Sí sé que era minúscula y tenía un solo

dormitorio y un salón en el que apenas cabía lo imprescindible. También una estrecha cocina con un fogón; yo, que recuerdo tan poco, sí puedo ver aún el gesto de quitar la placa metálica con un gancho de hierro, el mismo que se utilizaba para atizar las brasas; el retrete era compartido y se encontraba en uno de los corredores de una corrala, una serie

El barrio no tenía entonces un interés especial. Durante el éxodo rural se mezclaron andaluces, toledanos, madrileños de la provincia y muchos extremeños, como mi abuela. La convivencia no fue particularmente conflictiva. A finales de los setenta, cuando yo me quedaba en el piso nuevo de mi abuela, se hablaba del incremento

de la delincuencia, de la droga, de atracos por la calle, con aquella preocupación paranoica de quienes veían en la llegada de la democracia la llegada de todos los vicios y males. En el portal de mi abuela solía concentrarse un grupo de jóvenes con los que yo intercambiaba saludos, palabras, fuego, un cigarrillo. Guardaban navajas sobre un saliente de piedra que enmarcaba el portal. Mi abuela vació a escondidas más de una

jarra de agua sobre sus cabezas y se hizo llamar puta, hija de puta y todo el abanico de insultos que se le podía ocurrir a unos jóvenes empapados e impotentes.

Hace casi dos años regresé a España, después de casi 30 en el extranjero. He comprado un piso en el barrio de mi abuela. Paseo por sus calles y me parece mentira recordar una época en la que aún había serenos y los churreros te entregaban el manojito de churros atado con un junco. Paseo por un barrio que es y no es el de mi infancia y el de mi adolescencia, lejano y cercano a la vez. Los inmigrantes vienen de mucho más lejos y se mezclan con los antiguos habitantes, con *okupas*, con estudiantes y artistas. Todo ha cambiado y todo está ahí. Reconozco cada calle, y a la vez todas son nuevas. Y de pronto, como una iluminación, se me ocurre que volver es imposible. Marcharse también.



Imagen del barrio de Lavapiés, en Madrid. "Paseo por sus calles y me parece mentira recordar una época en la que aún había serenos".

de viviendas, más bien infraviviendas, alrededor de un pequeño patio central. Mi abuela, al cabo de los años, consiguió ahorrar lo suficiente para mudarse unos metros más arriba —digo más arriba porque la calle Zurita es una cuesta pronunciada—, al mismo edificio de su empleadora, con todas las comodidades que podía esperar alguien como mi abuela e incluso con el lujo insólito de contar con dos cuartos de baño. Yo solía quedarme a dormir allí después de salir con amigos, sobre todo cuando comencé a ir a la universidad, para no tener que regresar a casa de mis padres, en un pueblo a las afueras de Madrid.